

simo y lo perjudican gravemente si lo detienen»; pero la instancia del general Huerta fue tan pesada, que, casi abrazándolo, se lo llevó hasta un automóvil amarillo «Protos» que aguardaba a unos cuantos pasos.

«¡PUES CÓNSTELE QUE HACE USTED EL MAYOR DISPARATE DE SU VIDA!»

Como insistieran también en que fuera mi principal con ellos, éste, con toda brusquedad, les extendió su mano de despedida y dijo a don Gustavo ásperamente: «Decididamente se niega usted a ir conmigo. ¡Pues cónstele que hace usted el mayor disparate de su vida!» Y casi sin oír los adioses de los señores, partimos mi patrón y yo a pie, y en el auto amarillo los señores general Huerta a la izquierda, don Gustavo Madero en el centro, general Delgado a su derecha, general Yarza y Enrique Cepeda en los dos asientos delanteros y teniente coronel Joaquín Mass junto al chauffeur. Al cruzar la puerta de en medio, mi principal, emocionado hasta parecer delirante, me dijo:—«Vete a «Gambrinus» en el acto y no pierdas de vista a don Gustavo hasta que no llegue ahí»;—y torció a la izquierda, siguiendo a pie por la banqueta de palacio.

«ATIENDAN USTEDES A DON GUSTAVO; YO NO TARDO»

Llegué a «Gambrinus» y con sorpresa y susto tuve que aguardar como diez minutos que tardaron en llegar dichos señores. Cuando entré al restaurant no había más mesa ocupada que la del entonces capitán segundo Manuel Revilla y Brockmann, vestido de paisano, quien se lamentaba con el mesero de que no hubiera un buen caldo de pollo porque él no podía comer otra cosa por su mal de estómago; ocupé la mesa de enfrente, y al bajar los tripulantes del auto, el entonces teniente coronel Joaquín Mass, que entró el primero, al ver a Revilla lo abrazó; separándose de sus jefes se juntó a comer con él. Los generales citados y don Gustavo se dirigían al interior, arriba, para ocupar la mesa ya preparada, cuando el

hoy general García Hidalgo entró precipitadamente, alcanzándolos y habló a los oídos al general Huerta y a Enrique Cepeda; el general, deteniéndose bruscamente, dijo a los que lo acompañaban:—«Perdónenme; tengo que ver la columna de Rivera que he mandado avanzar desde San Lázaro; coman ustedes, que ya vuelvo». Como sus acompañantes insistieran en acompañarlo, éste se opuso, diciendo a los generales Yarza y Delgado:—«No, señores, atiendan ustedes a don Gustavo; yo no tardo», y tomando a un mesero de los hombros, le dijo familiarmente:—«Anda, ven a servir aprisita a estos caballeros; luego, luego», y se salió con García Hidalgo y Cepeda solamente, diciendo a su paso al teniente coronel Mass, que se levantó de su asiento para recibir sus órdenes:—«No te muevas; Cepedita me acompaña».

LA APREHENSIÓN

Comenzaron a comer aquellos generales y don Gustavo; continuamos comiendo Revilla, Mass y yo (cada grupo en sus respectivas mesas); momentos después se levantaron Revilla y Mass y salieron del «Gambrinus». Yo, comiendo primero y caminando en los corredores después, permanecí ahí como hora y media, cuando como a las tres y quince minutos de la tarde veo llegar a Revilla al mando de unos ocho guardias de los de Chapultepec con carabinas terciadas, apostando dos de ellos en la puerta de San Francisco, subiendo por el interior del restaurant con los demás por el lado de atrás de las escaleras, hasta llegar por la puerta del guardarropa a la mesa donde comían don Gustavo y sus amigos. Dos o tres meses, un señor Cárdenas, de Coahuila, el dueño del restaurant y yo, los seguimos por el otro lado, llegando justamente en el instante en que el entonces capitán Revilla, pistola en mano, gritaba a los comensales:—«Arriba las manos; dense presos», y los guardias de Chapultepec les tendían sus carabinas casi tocando sus cabezas. Vi claramente todo con todo detalle, y ahorita mismo que estoy escribiéndolo, revive hasta hacerse palpitante todo aquel cuadro: don Gustavo se levantaba de su

silla alelado, dejando caer de sus manos uno de los cigarrillos de hoja de maíz que retorció y que gastaba siempre; el general Delgado, queriendo bajar las manos, pronunciaba palabras confusas; el general Yarza, ya de pie, buscaba tranquilamente y sin manifestar la menor sorpresa, el kepis que pendía de un perchero; el capitán Revilla pedía a los meseros «una reata para amarrar a este bribón»; dos meseros arrancaban los cordones gruesos de una de las cortinas del gabinete, y ellos y tres guardias y el mismo Revilla sujetaban los brazos de don Gustavo al pecho, cruzando los cordones por la espalda, y después, casi a empujones, metían a éste y al general Delgado al guardarropa que está inmediato y apostaban centinelas en cada una de las dos puertas de ese sitio.

A LA CALLE

El general Yarza se deslizaba tranquilamente por los corredores, y yo, siguiendo sus pasos, bajamos juntos la escalera, y mientras él se detenía en el umbral de la salida de San Francisco hablando con algunos oficiales que en esos momentos llegaban a toda prisa, a caballo unos y a pie otros, pude marcharme libremente a la calle. Ya el rumor de la aprehensión debía haberse exteriorizado, pues el momento antes desierto restaurant y la momentos antes desierta calle, se poblaban casi como romería.

INTENTOS DE SALVACIÓN

A pocos pasos encontré al chauffeur del auto que me había conducido a Palacio y a «Gambrinus», quien todo asustado se acercó a decirme: que había escondido el auto en donde estaba un amigo; pero que ya había avisado a mi principal de lo que ocurría y que lo alcanzara yo, porque se iba a la casa del señor Brániff. Como a la mitad de la Alameda alcancé a mi patrón y juntos llegamos al escondite donde habían estado en esos días los hermanos Brániff. Por fin entró mi principal a aquel lugar, y con toda excitación exigió a los tres señores

hermanos Brániff que «salieran inmediatamente a salvar a don Gustavo para corresponder a la generosidad que éste había tenido con ellos, pues que no obstante saber que estaban complicados en lo de la Ciudadela y saber dónde estaban escondidos, les había salvado la vida con su gran corazón».

Yo no pude oír toda la conversación, pues me quedé en la puerta por orden de mi jefe, y hasta poco rato después salió éste solo, trastornado como un loco, repitiendo nada más la palabra «canallas, ingratos», y dándome un recado escrito para el señor Llamosa, a quien debía buscar por todas partes.

GESTIÓN INÚTIL

Más de dos horas emplee en buscar a este señor, hasta que por fin lo vi en el «Gambrinus» hablando con el oficial que custodiaba el edificio, a quien recomendaba que no dejara escapar a don Gustavo. Traté de hablarle; pero tomando el papel escrito que yo le llevaba, sin darme respuesta se metió al restaurant, adonde ya no permitía la tropa que entráramos los demás.

Eran ya las ocho de la noche, y, prescindiendo de obtener respuesta del señor Llamosa, marchábame a dar cuenta de mi inútil gestión cuando vi subir rápidamente a un automóvil al señor Brániff con el general Manuel Mondragón y otros señores desconocidos, y aun cuando le alcancé y comencé a decirle lo que acontecía, este señor, apartándose de su lado, casi enpujándome, me dejó con la palabra en la boca, partiendo rápidamente y gritando al chauffeur: «Por el Campo Florido».

Cuando llegué a la casa de mi principal no estaba en ella, y como vi gente sospechosa atisbando la casa, y como era público que este señor era el íntimo amigo de don Gustavo Madero, temiendo un atropello opté por quedarme al cuidado de la casa.

UNA VISITA MISTERIOSA

Permanecía yo estacionado frente a la casa de mi principal, atento a la pareja de sospechosos que parecía también vigilar la casa, cuando vi llegar al señor don Celso Acosta acompañado de don Luis Barragán, quien, haciendo señas a dicha pareja, retrocedieron, dirigiéndose a la casa de don Gustavo Madero, sita en la calle de Londres; yo iba siguiéndolos cautelosamente y pude presenciar que el señor Acosta se quedó como oculto entre los árboles cerca de la entrada, y que Barragán y la pareja citada entraron a la casa de don Gustavo y como un cuarto de hora después salieron, todos cargados de bultos grandes y chicos, que metieron en un automóvil que los esperaba a pocos pasos; volvieron a entrar a la casa; volvieron a sacar más bultos, y por fin se subieron al automóvil y se fueron, siguiendo al Sur de la calle de Londres.

DIÁLOGOS INTERESANTES

Yo volví a casa de mi principal, quien en esos momentos llegaba acompañado de un hermano suyo; le dí cuenta de todo lo que había acontecido desde que nos separamos y me dió de nuevo la orden de ir a esperarlo a la casa del señor Tomás Brániff, sita en la Rivera de San Cosme, adonde me encaminé a pie. Al llegar, vi seis u ocho automóviles y coches que esperaban a la puerta, y varias, o mejor dicho, muchas personas que entraban a la casa, la que, a pesar de tener entornado el zaguán, parecía estar de fiesta. Mezclado yo entre los chauffeurs, cocheros y criados que aguardaban, vi entrar a esas personas, algunas de las cuales me eran desconocidas, y escuché diálogos y comentarios diversos. Recuerdo con toda exactitud que oí al señor De la Hoz, llegando al zaguán, preguntar a otros que hacían lo mismo:—¿Para qué nos citan aquí, saben ustedes?—y asimismo escuché al señor Salinas y Delgado contestar:—Pues para nombrar al Presi-

dente interino.—¿Quién va a presidir la reunión, si el coronel Romero parece que está preso?—preguntó un señor de aspecto muy indígena, que entiendo se llamaba Maldonado. El mismo Salinas y Delgado contestó:

—No, qué preso: aquí debe estar ya, porque Tomás Brániff fue a traerlo.

Alguna persona asentó:

—Sí, aquí está escondido, porque le tenía ganas el general Mondragón.

Estas personas entraban, y llegaban otras, y escuchaba yo más y más comentarios. Cito por su importancia histórica el siguiente que oí entre el señor licenciado Escudero y el señor Luna Parra:

BRÁNIFF, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Escudero.—Pero, ¿cómo sabe usted que Brániff será el Presidente?

Luna y Parra.—Porque él mismo acaba de decírmelo. El general Mondragón y Félix Díaz, por zanjar las diferencias con Huerta y Blanquet, se lo propusieron al embajador norteamericano, justamente para que sea un civil, y ya don Tomás Brániff tiene aquí apergollado al presidente de la Cámara, que hará lo que nosotros resolvamos ahora.

Escudero.—Eso no puede ser de ninguna manera, compañero,—contestó el señor Escudero con una expresión de extrañeza y de disgusto muy marcados.—Sin la renuncia del Presidente y del Vicepresidente, el Congreso nada puede decidir, a no ser la aprehensión inmediata del que aprehendió al Presidente y al Vicepresidente. La cuestión es que el ejército traiciona y no nos obedecerá a nosotros, sino a ellos.

—¡Qué vergüenza, compañero!

Y ambos señores entraron al zaguán.

ENTRE DIPUTADOS Y AURIGAS

Como el tiempo pasaba y mi principal no parecía, yo no acertaba qué hacer. Resolví entrar también para hablar

personalmente con don Tomás Brániff, disculpando la grosería con que me había rechazado antes, por creerla hija de las preocupaciones del caso, y pensando que si él iba a ser el Presidente, podía fácilmente salvar a don Gustavo Madero, como éste lo había salvado a él; entré al patio, donde un criado me indicó la pieza en que se reunían los diputados; pero como yo no lo era y temí un desaire, subí paso a paso la escalera y me coloqué entre un grupo del corredor, haciendo yo de papamoscas entre todos esos señores, cuando vi que el señor Toribio Esquivel Obregón se separaba de un grupo y salía al encuentro de Lebrija,—no sé su nombre de pila, pero es el que casó con la tiple Saavedra—y en un ángulo del corredor le daba un abrazo, diciéndole:—Ya todo está arreglado con don Oscar, y el general Mondragón lo aceptó a usted con mucho gusto.—Y ambos siguieron platicando sin que yo pudiera oír bien, porque se paseaban por el corredor, y como los otros grupos se dirigían al salón de reunión, yo me quedaba solo y don Tomás no salía, tuve que volverme al zaguán a esperar a mi patrón, y ahí seguí departiendo con los aurigas y los demás.

UNA ESPERANZA

Como media hora después vi que don Tomás Brániff, don Querido Moheno, el licenciado Malo y Juvera y otros dos, montaban en un auto y salían rápidamente, y yo me fui a pie haciendo tiempo rumbo al centro, seguro de descubrir a mi principal si venía para San Cosme. En las calles ya había multitudes y me enteré de que a don Gustavo le acababan de sacar de «Gambrinus» para llevarlo al Palacio Nacional. Corrí hasta romperme los pies; pero, al llegar por Plateros, la gente regresaba de Palacio comentando la sacada de don Gustavo, con insultos soeces y blasfemias y gritos de que «se van a echar a «Ojo Parado», etc., etc.» Yo sufría lo indecible con todo aquel rumor tumultoso; pero alentaba la esperanza de que Brániff y Moheno y los que habían salido tan aprisa iban a salvarlo y pedía a Dios que llegaran a tiempo

¡Vana esperanza! No había caminado dos calles cuando de nuevo se agrupó la gente, se forman olas, retroceden las multitudes que iban a Palacio, y tres automóviles primero y luego dos más, pasan por San Francisco rumbo a la Ciudadela. El auto amarillo «Protos» que en la mañana llevó a «Gambrinus» a don Gustavo, lo llevaba ahora al sacrificio. Yo no pude verlo personalmente; pero algunas gentes sí lo señalaban diciendo distinguirlo, no obstante lo rápido de la marcha. Lo que sí vi perfectamente, a conciencia—y así lo sostendré con el juez cuando me caree con ellos—que en dos de los autos, los últimos que ya iban llenos de militares, brincaban al estribo y se colgaban, varios jóvenes de la *jeunesse dorée*, que acudían como si fueran «a los toros»; entre ellos, el que le dicen «el Gallo Sicilia», Pliego Villalba, Creel y otros.

ANTE LA INJUSTICIA

¡Cómo se apega uno a lo que desea, señor director! ¡Qué fecunda es la esperanza a pesar de sus constantes burlas! Yo, en medio de la indignación que me ahogaba al contemplar aquel desbordamiento de odios, seguramente gratuitos, y aquel afán cruel de escarnecer a un hombre como nosotros, con cuerpo y alma, y acaso cuyo metal de voz ni conocían y a quien de seguro hubieran querido mucho si lo hubieran tratado, yo sentía en mi alma cierto secreto goce pensando que puesto que todavía no habían fusilado a don Gustavo, como decían que iban a hacerlo en Palacio y todavía lo andaban llevando hasta la Ciudadela, habría tiempo de sobra para que llegaran los salvadores a interesarse por él. No, de seguro—me decía mi deseo—lo mandan para que cada una de las partes contendientes, esto es, los traidores de Palacio y los del cuartelazo de la Ciudadela, estén en iguales circunstancias para tratar: aquéllos con el Presidente y su Gabinete, y éstos con don Gustavo y quién sabe cuántos más políticos....

UN GRUPO REGOCIJADO

En la esquina de San Francisco vi a un grupo y conocí al señor De la Barra (Luis creo se llama) y a su hermano Bernabé, que hablaban acaloradamente con un militar y con otras personas, y neto y claro oí la siguiente frase: «Ya nos entregó Huerta a «Ojo Parado» y a Bassó; hay que exigir ahora que seamos nosotros los que custodiamos a Madero; porque en cuanto a Pino Suárez, creo que nos lo entregará si el general Mondragón insiste con energía». Sostengo y sostendré que aquel grupo manifestaba regocijo, y deduzco hasta el convencimiento que todo aquel grupo, tanto los oficiales, como los hermanos De la Barra y los otros, todos eran verdaderos felicistas».

LIC. VERDAD.

 ASESINATO DE DON GUSTAVO MADERO

El Gobierno usurpador tenía apenas unas cuantas horas de haber escalado el Poder, cuando inició la serie de crímenes políticos que habrían de llamar grandemente la atención de la sociedad y producir la indignación consecuente entre las personas sensatas.

¿Quién fue la primera víctima del huertismo? Don Gustavo Madero. Acerca de este crimen se bordan detalles que no son del todo exactos. En el libro anónimo titulado: «Cómo llegó Huerta y cómo se fue...», se inserta, acerca de este asunto, un reportaje publicado por el extinto periódico «El País», en donde nada se dice de verdad, hecha excepción de que don Gustavo Madero fue fusilado.

Los detalles y el nombre de los autores no los daba a conocer, y en aquellos días era esto de todo punto imposible. Por esta circunstancia, lo publicado en tal obra carece de elementos verídicos.

Ahora es cosa diversa; la verdad acerca de este crimen hay que hacerla brillar con toda su pureza.

La mañana del miércoles 19 de febrero de 1913 era fría. La ciudad presentaba aún la intensa tristeza ocasionada por los diez días que había sido teatro de los combates; el aspecto que presentaba era el de ruina. Postes caídos, casas a medio derrumbarse y cadáveres incinerados a la mitad de las calles.

Un gentío inmenso, curiosos todos, aflúan a las calles cercanas a la Ciudadela, deseosos de presenciar los estragos que habían causado las piezas de artillería.

Después de nueve días de inacción periodística, salí de mi domicilio a las siete de la mañana, deseoso de investigar algo nuevo que llevar a mi periódico. Mis pasos, como era natural, se dirigían a la Ciudadela, es decir, hasta sus cercanías, pues llegar hasta ella era verdaderamente imposible por el número de tropas que impedían el avance de los curiosos, poniéndoles el arma sobre el pecho.

Tropezando con los escombros llegué a la séptima calle de Balderas, punto este donde los curiosos formaban corrillos y hacían toda clase de comentarios.

—Sí, allí fue donde lo fusilaron, decía un curioso.

Y señalaba la amplia plazoleta de la Ciudadela.

—No. Fue allí. Lo sacaron entre soldados, y cuando corría, le dispararon. El que así hablaba señalaba una de las puertas que ven al Oriente.

—¡Pobre don Gustavo!, decía otro.

No esperé oír más, y comprendiendo perfectamente que don Gustavo Madero había sido fusilado, investigué la verdad de todo lo que había ocurrido.

Don Gustavo Madero, al mediodía del día 18 de febrero, en unión de los generales Agustín Sanginés, Francisco Romero y José Delgado, acudió a comer a un céntrico restaurant para celebrar el ascenso a general del coronel Francisco Romero; habían terminado, y hablaban sobre las diferentes fases de los combates librados la víspera, cuando un oficial de los guardabosques de Chapultepec, en unión de varios soldados, penetró hasta el gabinete donde se encontraban don Gustavo y sus amigos. El oficial, poniendo la pistola muy cerca de don Gustavo, lo intimó a darse por preso, y como viera que pretendía sacar su arma, intervinieron los soldados, poniendo las bocas de sus fusiles a los que habían detenido.

Don Gustavo Madero y sus amigos se dieron por presos.

Se les llevó a una de las piezas del mismo local, poniéndoles centinelas de vista. El general Romero logró evadirse.

Ya entrada la noche de ese día, se trasladó a los prisioneros a uno de los departamentos del Palacio Nacional, donde se les pusieron centinelas de vista. De entre el grupo se separó al señor Madero, y poco después, con una escolta de rurales y tropas del 29 batallón, a quienes se les facilitó caballos, se le trasladó a la Ciudadela a bordo de un automóvil. Cuando éste pasaba por las calles del 16 de Septiembre, un grupo de hombres, entre los que estaban Enrique Cepeda y sus amigos, dirigieron injurias para don Gustavo.

Al llegar el prisionero a la Ciudadela, los soldados y varios oficiales que lo reconocieron lo pedían a gritos para ser ellos quienes tuvieran la gloria (sic) de fusilarlo.

La guardia que los custodiaba siguió para el interior de la fortaleza, en donde se dispuso que don Gustavo Madero quedara prisionero mientras el general Manuel Mondragón resolvía lo que habría de hacerse.

Entramos al momento culminante. ¿Quién dió la orden para que poco después fuera fusilado? Toca al autor de estas líneas esclarecerlo, ya que su profesión de periodista le permitió enterarse de los hechos tal y como se habían venido sucediendo.

Mientras don Gustavo Madero permanecía encerrado, Manuel Mondragón llamaba al «Panzón Higareda», como se le conocía entre la gente de trueno, pero que allí se le llamaba pomposamente «coronel». Higareda había sido uno de los que había tomado parte más activa en los trabajos para consumir el cuartelazo. Mondragón e Higareda convinieron en que había que fusilar a don Gustavo Madero, pues el caso había sido ya resuelto entre él, Mondragón, Victoriano Huerta y Enrique Cepeda. Higareda aprobó el procedimiento, y Mondragón, en unión de otros militares infidentes, salía de allí dejando al Panzón Higareda que consumara el crimen.

Higareda llamó a varios aspirantes, entre otros a uno de apellido Velasco, y les comunicó que la muerte de don Gustavo estaba ya resuelta. Los aspirantes, al escuchar esto, prorrumpieron en aclamaciones de júbilo que llegaban hasta el cuarto donde un hombre había quedado a merced de un puñado de traidores.

Preparado todo para el crimen, Higareda mandó sacar a don Gustavo Madero del sitio en que se le había confinado, y colocada la escolta, salió entre las sombras de la noche aquella caravana trágica que con júbilo iba a sacrificar la vida de un hombre sin más derecho que el poder de las bayonetas.

Don Gustavo Madero, a pesar de la tensión nerviosa en que se encontraba, comprendió cuál era el fin que le esperaba. Alzando la voz para que aquellos asesinos lo escucharan, se dirigió a ellos ofreciéndoles, a cambio de su vida y de su libertad, todo cuanto poseía.

Una carcajada de Higareda fue la contestación. La soldadesca se interesaba, vacilaba en seguir custodiando al preso; pero entonces el trágico Panzón, el empresario de bailes sabatinos, se impuso y manifestó a don Gustavo que ni con todo el oro del mundo cedería un ápice a la comisión que se le había dado.

El momento era supremo. La vida estaba próxima a escapar, y ¡quién sabe cuántos recuerdos pasarían por la mente de don Gustavo que, jugando el todo por el todo, en un arranque de supremo amor a la vida rompió la valla de soldados que lo custodiaban y echó a correr!

Pero Higareda estaba allí: el viejo crapuloso, levantando la mano en que empuñaba un revólver, disparó sobre don Gustavo. El proyectil hizo blanco; pero, no obstante, don Gustavo seguía corriendo, cuando una nutrida descarga de la escolta lo dejó en tierra, precisamente a unos cuantos metros del monumento que se levanta al gran Morelos en la plazuela que está frente a la Ciudadela.

Higareda no estaba conforme, y ordenó a la tropa que hiciera una nueva descarga sobre el cadáver.

Pero, para coronar la obra de crimen, había que profanar el cadáver, y entonces uno de los oficiales sacó el ojo de cristal que tenía don Gustavo y lo mostraba a la tropa, que dejando a un lado la disciplina, comenzaron a celebrar aquel acto digno solamente de un puñado de bárbaros.

El crimen estaba consumado. Los valores y algunas alhajas que llevaba don Gustavo desaparecieron, y poco después

se cavaba la fosa en que sería inhumada la primer víctima del huertismo.

Cuatro días después de estos hechos Higareda hacía esa relación ante un grupo de periodistas, a quienes decía estas palabras:—Pero pongan que yo fui quien dió el primer tiro a «Ojo Parado».

Higareda ha desaparecido de la Capital; se cree fundadamente que se encuentra en los Estados Unidos gozando del dinero que robó en aquellos días a varios cadáveres, y del que le dió Mondragón dos días después de cometido el crimen.

GUILLERMO MELLADO.

(«Crímenes del Huertismo».)

*
*
*

Un testigo presencial refería, a raíz de la traición de Huerta, que don Gustavo Madero llegó a la Ciudadela por la puerta Sur. Uno de los oficiales avisó su llegada a Félix Díaz, quien, en mangas de camisa, estaba dispóniéndose a dormir. Díaz respondió que no tenía que ver nada con Madero; que se hiciera con él lo que dijera Mondragón. Mondragón se concretó a decir:—Hagan con «Ojo Parado» lo que él hizo con el general Ruiz. Varios oficiales sacaron a don Gustavo, casi a empujones, por la puerta Norte, hacia la plaza de la Ciudadela, y parece que el primero que disparó sobre él, y que si no fue el primero, sí fue de los que vaciaron el revólver sobre don Gustavo, fue un capitán de apellido Romero López, que activamente tomó parte en la sublevación.

LA CÁMARA DE DIPUTADOS ELIGIÓ AYER
PRESIDENTE DE ELLA AL LICENCIADO F. OLAGUIBEL

PALAVICINI VOTA EN CÉDULA ROJA

.....
La Cámara está muy concurrida hoy, y esta sesión marca una nueva etapa: es la última del reinado de la porra, porque desde mañana manejarán el cotarro los independientes, los más honorables y los mas aptos también.

Preside el señor Borrego, y don Mauricio Gómez, afeitado de barba y bigote, simpático y alegre siempre, lee el acta de la sesión anterior, que se aprueba sin discusión alguna. En seguida da lectura al proyecto de ley de amnistía para los reos políticos, que presenta el Ejecutivo, y que se funda en las renunciaciones de Madero y Pino Suárez. La Mesa da el trámite de «resérvese para las comisiones e imprímase».

En seguida se da cuenta con las protestas de los señores Francisco León de la Barra, como secretario de Relaciones; Carlos Pereira, como subsecretario del mismo ramo; Antonio de la Peña y Reyes, como oficial mayor de la misma secretaría; la de García Granados como ministro de Gobernación, y otras que ya conocen los lectores.

Se da cuenta con la muerte de los diputados general don Gregorio Ruiz y don Gustavo Madero, y a nadie afecta la noticia, porque las escenas del *Grand Guignol*, a que estamos acostumbrados, ya nos han endurecido el corazón al extremo de que nadie se altera.